**DE LA ANATOMÍA COMO DESTINO AL *GENDER QUEER***

**Marcela…**

*“Estuve escondiéndome, tratando de pasar desapercibida, de correr el foco de mí durante todo el tiempo que estuve con ella. Como que al no poder asumir una postura o definir mi identidad no me podía definir en nada ni ser nada.”* Así dice Marcela, aliviada por el lugar social reconquistado ahora, al tener nuevamente un novio hombre, luego de un intervalo de un par de años en el que por primera vez en su vida estuvo en pareja con una mujer.

Marcela no se siente homosexual. Nunca se identificó a sí misma como lesbiana y nunca quiso dar a conocer su situación a su núcleo íntimo, excluyendo a su analista (yo) y a una amiga. Nunca quiso salir de ningún *closet* porque le resultaba más asfixiante el encasillamiento en una categoría determinada –lesbiana o bisexual- y sus consecuencias, que la relativa libertad que le daba el no admitirlo. “Para mí el *closet* es decir “soy lesbiana” –dice en formulación casi idéntica a la que leo un tiempo después en Judith Butler (2000): “Si yo proclamo ser una lesbiana, ‘me hago visible’ sólo para producir un *closet* nuevo”.

Esta es una formulación que podría resultarnos familiar en la clínica del contexto actual, lo cual no quiere decir que no nos interpele y que no genere múltiples movimientos de interrogación: ¿qué lugar ocupan en nuestra escucha las concepciones teórico-clínicas heteronormativas de la sexualidad?, ¿seguimos aferrados a “la pastoral genital”, como la llamaba Lacan?, ¿cómo se juegan aspectos políticamente correctos o de un esnobismo *open-mind* detrás de una postura supuestamente abierta y no censuradora? o, a su vez, cuánto de eso mismo corre el riesgo de hacernos caer en una desproblematización de la sexualidad, haciendo alianza con una forma de desmentida que también tiene un aire a omnipotencia y a elusión de la castración. En definitiva, ¿qué cuerpo estamos pensando, hablando y escuchando hoy en día desde el psicoanálisis?

De nuestros binarismos hombre/mujer, fálico/castrado, homosexual/heterosexual, a la impugnación de las categorías y la defensa por la ambigüedad del “género fluido” o “*gender queer”*, el golpe es fuerte y el recorrido es largo. Del cuerpo anatómico como un real y la diferencia hombre mujer como límite o punto de partida inapelable, al cuerpo como pura construcción cultural, ¿dónde ubicarse?

Marcela, de todos modos, sufre. No hay nada sencillo en su modo de vivir, tramitar, disfrutar o padecer su sexualidad. Da cuenta de un disfrazarse, *“esconderse”, “pasar desapercibida*” para sobrevivir; muestra cuánto necesita matar algo en ella para ser aceptada, porque no le es posible vivir en un ‘no lugar’, en las heterotopías del género.

Si bien el psicoanálisis siempre ha intentado apartarse de la aspiración a la cosmovisión, es cierto que la rigidez y la soberbia nos atraviesan y que, en contradicción con lo que muchas veces propugnamos, somos presa fácil de juicios de valor, prejuicios y puntos ciegos, como cualquier o más todavía que cualquier otro ser humano, porque a veces el rechazo y la intolerancia viene disfrazada de adecuación o legitimada por un cierto saber. Recuerdo con nitidez que cuando empecé mis primeros grupos de estudios psicoanalíticos aún circulaba como palabra mayormente aceptada (si bien ya interpelada por varios) que la homosexualidad era una perversión y el transexualismo una psicosis. Y no pasó tanto tiempo de eso, de hecho, si bien el DSM ya la había excluido como trastorno mental en 1974, la Organización Mundial de la Salud (OMS) mantuvo a la homosexualidad como enfermedad hasta mayo de 1990.

No digo esto con ánimo de situarme en otro lugar, porque formo absolutamente parte de estas generaciones y siento también el impacto y lo desconcertante de la vertiginosidad extrema de algunos de los cambios contemporáneos, en particular aquellos que atañen a los cuerpos y su erotismo, así como sus modos de conformarse y deformarse. Por el contrario, hoy en día, me siento personalmente interpelada en cuanto a mis modos de concebir la sexualidad y el género, y es desde allí que escribo. No sólo desde una perspectiva psicoanalítica, sino también desde una perspectiva de lo subjetivo que incluye dimensiones políticas y sociales. Y me reconozco “vergonzosamente”, para tomar la expresión que con provocación introduce Allouch, ignorante y desconocedora de muchas de las formas en que tales temas están en el tapete. *“Los que fueron avergonzados por nuestras descripciones “clínicas” hoy en gran parte obsoletas, y por las prácticas normalizantes que a menudo las acompañaban, nos han devuelto esa vergüenza en la cara”* (Allouch, 2015). Por algo en 1998 este autor retomaba el desafío de Lacan de 1976: “Todo debe ser retomado desde el comienzo a partir de la opacidad sexual” y especialmente esto lleva al cuestionamiento de que la “máquina edípica” ordene la cuestión sexual[[1]](#footnote-1) (Allouch, 1999).

En su libro “Sustancias de lo imaginario”, por su parte, G.H Melenotte (2004) postula cómo justamente, los movimientos *gay and lesbian* y actualmente sobre todo los *queer*, no solamente interrogan la cuestión de lo sexual, sino a la sociedad toda, en sus dimensiones sociales y políticas, de poder, atribuciones y performatividad, incluyendo también en estos cuestionamientos las categorías diagnósticas y los cuadros nosográficos, así como la propia metapsicología psicoanalítica y todas las construcciones imaginarias que parecen trastabillar y perder estabilidad, seguramente no para diluirse, pero sí para transformarse.

**Y Lucía…**

Lucía me dice entusiasmada: *“ahora entiendo un poco más… viste que yo te decía que no soy lesbiana ni soy bisexual. Que a mí me gusta la persona. Hay mujeres que me atraen y otras que no, y lo mismo me pasa con los hombres. Hoy escuché que eso se llama “gender queer“, género fluido”.*

Lucía ya había hablado al comienzo de su análisis de cómo su deseo tenía estas características móviles, pero no había encontrado para ello una definición que no fuera por la negativa: ‘ni lesbiana ni bisexual’. Ahora llega con este hallazgo lingüístico que supuestamente da soporte a lo que ella “es”. Formulaciones desconcertantes, en una joven que además hacía de estas formas del erotismo una realidad efectiva en su vida relacional y sexual y que no parecía buscar tan sólo un impacto en mí, así como tampoco adoptar tan sólo una “pose” *cool*. Por otra parte, por lo menos en el momento del relato, la angustia no era un ingrediente sustancial. Lucía parecía saltar con libertad por sobre los límites y barreras conscientes e inconscientes que esforzadamente estamos acostumbrados a respetar como neuróticos ciudadanos contemporáneos de una determinada región de Sudamérica[[2]](#footnote-2). Como si levantara el pie para esquivar con elegancia una molesta fisura del terreno, del mismo modo parecía pasar por encima de la diferencia hombre/mujer, que no había llegado a marcar con rechazo, con desagrado, con culpa o con ambivalencia, su opción sexual.

Rápidamente, a la vez que escribo y releo estos comentarios, puedo anticipar la reacción en ustedes. Los imagino pensando: “eso no debe ser tan así”; “se tratará de una defensa frente a la angustia”; o “si no se angustia entonces quizás es una paciente grave, que evidencia fallas en la represión”. De allí a trastorno de personalidad, patología *border* y rasgos perversos es sólo un paso. Y bien, quizás muchas de esas alternativas, como ficciones psicopatológicas, tengan algo de verdad. ¿Acaso no acompañamos las formulaciones freudianas en relación a la represión, lo traumático y la angustia como inherentes a la sexualidad humana como tal y desde allí estructurantes del psiquismo? ¿Acaso, en lo personal, no suscribimos los planteos de Lacan acerca de que la angustia hace de barrera al goce y habilita el deseo?

Sin embargo, ¿si más allá de estos posicionamientos que por momentos corren el riesgo de volverse axiomáticos; si más allá de las capturas imaginarias con las que intentamos apaciguar nuestra necesidad de ordenamiento y clasificación, pudiéramos escuchar que Lucía, con sus apenas pero ya muy experimentados 20 años, está dando cuenta de un cambio, de una fractura en determinado tipo de lógica centrada en la castración y la diferencia binaria de sexos? ¿Qué está denunciando un viraje en cuanto a las formas de pensar y vivir el erotismo y la sexualidad que no necesariamente están hablando de patología? O por lo pronto no de una patología diferente de aquella que nos atraviesa a todos.

Sin embargo, aún pese a estas reivindicaciones, no puedo dejar de reconocer que en su afirmación subyace algo engañoso, una falacia que evidencia un conflicto, aún sin aparente malestar. Ella no duda conscientemente de su condición de mujer, y de hecho es una joven sumamente femenina. Podríamos decir, entonces, que no es su género lo fluido sino, en todo caso, su opción sexual y que, al modo del lapsus, confunde género con objeto de deseo (diferencia, entonces, entre la identificación sexual y la elección de objeto). Necesitada de encontrarse y reconocerse en algún lugar de cierta estabilidad, da cuenta de su propia lucha interna, queda atrapada desde su propia enunciación que dice que, también para ella, “desear” a una mujer parece volver más inestable y más fluido su propio género, su condición de mujer. Quizás, entonces, es presa también de la búsqueda de una “identidad” en la no identidad, de una pertenencia, una filiación, de la necesidad significante de algo que dé nombre y, por tanto, existencia. También ella, como no podría ser de otro modo, está determinada por el discurso heteronormativo que regula su cuerpo y su concepción de lo masculino y lo femenino, del cómo ser hombre y cómo ser mujer.

En la reciente edición de una actividad de APU que se está implementando en Montevideo, El Bar de Freud, el tema fue Debate *Queer* y dos de las intervenciones, dichas por dos muchachas próximas a los 19 años, reivindicaban algo muy similar. *“¿Por qué esa presión por la definición, por una opción? ¿Por qué si estoy con mujeres tendría que aceptar que soy lesbiana? “*

La posibilidad misma de esa movilidad está en el nudo del planteo *queer[[3]](#footnote-3).* La renuencia al atrapamiento en una categoría a la que le sea inherente una cierta práctica y un posicionamiento deconstructivo acerca de saberes, poderes y atribuciones. Dice Paul B. Preciado, filósofo, discípulo de Derrida, post-feminista y uno de sus principales activistas y referentes teóricos:

*“Hubo un tiempo en el que la palabra “queer” sólo era un insulto. En lengua inglesa, desde su aparición en el siglo XVIII, “queer” servía para nombrar a aquel o aquello que por su condición de inútil, mal hecho, falso o excéntrico ponía en cuestión el buen funcionamiento del juego social. Eran “queer” el tramposo, el ladrón, el borracho, la oveja negra y la manzana podrida pero también todo aquel que por su peculiaridad o por su extrañeza no pudiera ser inmediatamente reconocido como hombre o mujer. La palabra “queer” no parecía tanto definir una cualidad del objeto al que se refería, como indicar la incapacidad del sujeto que habla de encontrar una categoría en el ámbito de la representación que se ajuste a la complejidad de lo que pretende definir. Por tanto, desde el principio, “queer” es más la huella de un fallo en la representación lingüística que un simple adjetivo”.* (Preciado Paul B, 2009)

Lo *queer* surge, entonces, del acto lingüístico (pero también político, estético, performativo) de apropiación de un insulto que se transforma en una afirmación. Esta dimensión se pierde para el español, porque *queer* ya nos llega desde su valoración y no desde su lado denigrante. Sí podemos, de todos modos, retener esta noción de marca y de huella de un fallo, lo cual se vuelve muy próximo a la concepción psicoanalítica de lo humano. De la falla en tanto constituyente de nosotros mismos, falla en la representación lingüística que no alcanza, pero que a la vez desborda; que supone tanto la pérdida como el exceso y la inadecuación; falla en los cuerpos, que siempre estarán incompletos, agujereados, desmembrados y fragmentados por la palabra; falla e imposibilidad para dar cuenta del género y de la sexualidad en la que estamos todos: inacabados, fallidos y erróneos, exiliados para siempre de la «cosa» pero prisioneros de armados imaginarios, todos somos *queer* y fallidos en relación a un deseo móvil, inatrapable, mestizo e inclasificable.

Por otro lado, la imposibilidad de la generalización, lo irrepetible de cada subjetividad y la concepción del Yo como mascarada, sintonizan mucho más con este posicionamiento que cualquier otro discurso de género, incluyendo aquellos puramente feministas, gay o lesbianos que, por momentos, parecen paradójicamente reproducir la rigidez heteronormativa. Así como el psicoanálisis venía a traer la peste, lo *queer* se propone rarificar (*to* *queer*) y subvertir[[4]](#footnote-4) el dominio de la cultura hetero.

Sin embargo, los puntos de interrogación o hasta de posible fractura son muchos. ¿Cómo pensar psicoanalíticamente un posicionamiento que se sostenga en un alegato por la no definición, por la no opción? Reconocerse e identificarse con un género es aceptar la pérdida del otro, marca de la castración simbólica que confronta con la imposibilidad del todo y el uno, relanzando así la búsqueda y el movimiento del deseo. Ir más allá de ello, hacia la frontera con el goce y el exceso pulsional, en la imposibilidad de satisfacción, ¿podría tocar un borde de muerte si la angustia o el principio de placer no hacen de barrera?

Es muy difícil, frente a Lucía o Marcela, no hilar historias traumáticas que puedan dar cuenta de estas particulares constelaciones identitarias que ellas mismas necesitan, aún en la movilidad y aún en sus formas tan diferentes de vivirlas, una en la invisibilidad, otra en la visibilidad*.* ¿Cómo funcionan las subjetividades ‘nómades’ de identificaciones móviles y fluctuantes, sino es en la misma paradójica desesperación por formas de consolidarse frente a la amenaza de dilución?

“El movimiento *queer* no se conforma con la reducción de la identidad gay a un estilo de vida asequible dentro de la sociedad de consumo neoliberal. Se trata de un movimiento post-identitario: *queer* no es una identidad más en el folklore multicultural, sino una posición de crítica atenta a los procesos de exclusión y de marginalización que genera toda ficción identitaria.” (Preciado, 2015). Pero la renuncia a la pertenencia a un género podría entonces sustituirse por la pertenencia a un colectivo, a una lucha… El/la propio/a Paul B. Preciado reconoce este dilema en él/ella:

“*Toda mi vida es un ejercicio de afirmación hiperbólica y de desidentificación al mismo tiempo. (…) quiero definirme absolutamente como transexual y me interesa esa definición como cuerpo subalterno que estoy fabricando yo (…) pero al mismo tiempo sé que eso es una ficción. Que sólo existe frente a un sistema normativo. Beatriz me llamaba antes, pero experimento a la vez un goce político extraordinario llamándome Paul, porque por primera vez estoy pidiendo la complicidad de toda la comunidad lingüística frente a mi deseo (…). Paul es tan falso como Beatriz, los dos son ficciones políticas, pero la segunda es colectivamente construida: “os pido a vosotros que os creáis que yo me creo que juntos fabricamos a Paul.”* Y luego, sugestivamente, agrega: *“He dejado una B, que queda por ahí colgando y que es como lo que queda del proceso de producción normativa, un resto.”* (Preciado, 2015)

Paul se llamaba Beatriz. Beatriz se sometió a tratamientos de transformación hormonal (con parches de testosterona), pero no tanto por un afán transexual, sino más bien para ser testimonio vivo de los efectos del biopoder y de la regulación médica y farmacológica sobre los cuerpos[[5]](#footnote-5). Ensayos y transformaciones con bordes de performance que, sin embargo, dejan un resto. Lo que queda del nombre femenino atestigua esa otredad, testimonia el “ella” que también forma parte de “él”, a la manera de objeto ‘a’ que cae y se pierde en cada circuito de la pulsión y en cada inscripción significante.

Judith Butler (2002), continuadora de los planteos de Foucault pero también tomando aportes de Derrida, sostiene que la materialidad de los cuerpos es efecto mismo de la repetición de acciones performativas sobre ellos: efecto repetido de actos y normas reguladoras del discurso y del poder que, a su vez, generan una respuesta en acto. A medida que se actúa se produce el género. Alega por una completa desustancialización del sexo -como cuerpo natural- término que sería absorbido por el género, es decir, las significaciones sociales que asume ese sexo[[6]](#footnote-6).

Cierto es que Lacan –señalado por Daniel Gil (2011)- también plantea que la diferencia hombre y mujer no está sustentada en ninguna esencia pero de todos modos postula que “el hecho de que haya dos es uno de los cimientos fundamentales de la realidad” (Lacan De otro al otro, Seminario 16, p. 204)[[7]](#footnote-7). El cuerpo construido de Lacan es el del significante, para el que el destino no es la anatomía, sino el discurso, que separa al cuerpo del sujeto, extendiendo a este último desde antes del nacimiento hasta más allá de la muerte. Esto sería diferente del límite que plantea lo real que, más que una construcción, parece suponer una frontera inapelable (aunque secundaria a la apropiación imaginaria y simbólica) que lleva a que, salvo en caso de enfermedades genéticas, alguien nacerá hombre o mujer.

El gran interrogante sería ¿hasta qué punto podemos llevar la desustancialización de esas categorías? ¿Hasta qué punto ser hombre o mujer[[8]](#footnote-8) puede ser una opción, una acción/coacción del otro/Otro sobre la persona más que un hecho genético? ¿Cuál es el costo psíquico de las manipulaciones y modificaciones químicas y quirúrgicas de los cuerpos, que parecen suponer una abolición en acto de tales límites? La alta prevalencia de depresión y suicidios entre los trans ¿es únicamente efecto del dolor de la marginalidad y la exclusión social? *Yo es otro*, pero ¿hasta dónde no enloquece volver realidad efectiva a esa otredad que nos habita? ¿Puede haber un deseo sin límite, sin prohibición? ¿Cómo se acerca peligrosamente el anhelo de emancipación del deseo a las vías más destructivas de la sexualidad? A un cierto nihilismo que, como los planteos de Leo Bersani, apuntan a señalar al sexo como “destructivo, egoísta, no relacional” (Bersani, 1986).

Seguramente estoy mostrando aquí el atravesamiento por los discursos de la teoría y la necesidad de un horizonte de representaciones menos cambiante y móvil, aunque me interesa preservar, de todos modos, una cierta apertura a lógicas diferentes. En este sentido, más allá de lo controversial de la erótica del ‘sexo del Amo’ planteada por Allouch (2009), puedo sintonizar con cierto posicionamiento de este autor en la línea de la problematización del Edipo y la apertura a vías múltiples de sexuación, que no sean categorizadas a priori como normales o perversas[[9]](#footnote-9).

**¿Arte *queer*?**

El arte tiene esa capacidad maravillosa de dibujar rápidamente el boceto de una época y transmitir la atmósfera de un tiempo. Pero además, más allá de nuestras propias experiencias y aquellas a las que asistimos desde la práctica, es la única otra vía por la que nos podemos acercar a ciertas formas de vibrar y sentir que, de otro modo, escaparían a nuestra posibilidad de ‘entendimiento’ y conmoción. Sólo podríamos hablar de un ‘arte *queer’* –si es que existe como tal- en el sentido de un arte que tenga como finalidad deconstruir y poner en cuestión, incluso caricaturizando o denigrando, el discurso hegemónico de un tiempo y espacio específico.

A modo de breves ejemplos:

En genuino gesto *queer*, la Muestra Arte Degenerado (proyección), el año pasado, en la Fundación Engelman Ost, en Montevideo, se apropia de lo que surge en un principio para nombrar lo abyecto y lo rechazado del arte -las pinturas que Hitler aunó en una siniestra muestra y calificó como ‘degeneradas’ por no estar consagradas a los valores de la sangre y la tierra- para dar cuenta de una puesta en cuestión del tema del género.

Dice el texto curatorial: *“Degenerado, fuera de género, un arte que se aparta del binarismo femenino-masculino, hombre-mujer, heterosexual-homosexual, activo-pasivo, fuerte-debil y un largo etcétera.(…) “¿Es posible generar discurso desde el arte que muestre lo que está en juego sin pretender demostrar nada?”*. Quien lo escribe, Fernando Barrios, es además psicoanalista y poeta y nos interpela desde Derivas Sur, su particular invención de *“performance textual”* (Barrios, 2016):  *“(…) Hablar porque se tiene el ala rota, como todos, pero algo diferente, porque las suralternidades se suman y se puede ser pobre y negro y puto y feo o gordo y se puede crecer oyendo como insulto los propios rasgos (…)”*

Desde la otra orilla, en la muestra Proyecto visible (2012), Effy, (proyección) una activista transexual bonaerense que finalmente se suicidó en el 2014, alteró la vestimenta de todos los que la visitaron haciéndoles lucir un vestido con una historia muy especial para ella. Un vestido ajustado que usó en una celebración familiar que dividió a la familia en dos, entre los que la aceptaron así, y los que no. Nuevamente aquí, la *performance* da cuenta del gesto de apropiarse de la marca del rechazo para hacer de ello algo creativo y una denuncia. Effy armó una muestra fotográfica de cuerpos vestidos como ella y, aunque ninguna persona se transformó por tener puesta su ropa, reforzó la demostración de lo inmediato que resulta parecer otro y ser una corrosión a la regla. La exposición estuvo exhibida en las paredes de Casa Brandon -un templo de lo *friendly,* declarado Sitio de Interés Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

Por otro lado, desde las periferias no sólo del género sino también de las geografías, las etnias y los colonialismos, Susy Shock, otra argentina que se llama a sí misma artista “trans sudaca” de padre pampeano y madre tucumana, autora, entre otros libros, de “Poemario Trans pirado” (2011) dice: “*Reivindico mi* *derecho a ser un monstruo/ Mi derecho a explorarme, a reinventarme. Hacer de mi mutar mi noble ejercicio”.*  (proyección)

Mientras la vemos entonar sugestivas canciones “bagualas vidalas” -como ella las llama- junto a sus nietos, podríamos recordar que su casa no es una casa heteronormal, puesto que convive con Eduardo, su pareja desde hace 22 años; Mauricio, su pareja desde hace 8 y Anahí, la hija que tuvo hace 22 con Ede, la mujer que fue su compañera cuando él era un hombre. Susy está casi al margen de la ley de identidad de género porque no es varón ni mujer, es “Trans: transeúnte del devenir”, dice, y excluida del matrimonio igualitario, primero por ideología y segundo por poligamia.”

Susy Shock es la prueba viviente de que *queer* no es moda, no es pose, no es *cool* y, sin embargo hasta lo más revulsivo y lo más irritantemente cuestionador puede ser vuelto parte del sistema y mercancía a consumir. Así, muchos de los teóricos y activistas *queer* ya denuncian el vaciamiento de contenido de varias de sus reivindicaciones, que rápidamente se vuelven slongans, destinados a captar un nuevo y rentable nicho de mercado. Evidencia estética y atractiva de ello y de cómo el mercado fagocita lo que estaba fuera de él es la nueva campaña de la colección otoño-invierno para “hombres” de una conocida tienda de ropa. Cualquier semejanza con “La chica Danesa” no es mera coincidencia. (proyección)

**REFERENCIAS**

ALLOUCH, Jean, *Editorial* y *Para introducir el sexo del amo*, en Revista Litoral 27, La opacidad sexual, Ediciones Edelp, Córdoba 1999.

El sexo del Amo. La sexualidad desde Lacan, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2009

“Despatologizaciones”, en El cuerpo queer, Letra Viva, Buenos Aires, 2015.

BARRIOS, Fernando, Arte Degenerado, Texto Curatorial, Fundación Engelman Ost, Montevideo 2015; Derivas sur, performance textual, C`est pas sur, Coloquio Sur, La idealización de Europa, Ecole  lacanienne  de psychanalyse. México 2016

BETH, Effy (Elizabeth Mía Chorubczyck) <http://www.revistaanfibia.com/cronica/fluidos-trans-arte-y-> performance-queer/#sthash.c5MjsOoM.PjYy9Jgh.dpuf , 2012

BERSANI, Leo, The Freudian Bdy: Psychoanalysis and Art. New York, NY; Columbia University Press, 1986

BUTLER, Judith, “Imitación e insubordinación de género”, en Grafías de Eros, Edelp, Bs As, 2000. “Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo”, Paidos, Buenos Aires, 2002

GIL, Daniel, “Elogio de la diferencia” en Errancias, Trilce, Montevideo, 2011.

MELENOTTE, George-Henri, Sustancias del Imaginario, Epel, Paris, 2004

NUÑEZ, Sandino, El miedo es el mensaje, Amuleto, Montevideo, 2008.

PRECIADO, Paul B, Testo Yonqui, Espasa Calpe, Madrid, 2008

 “Queer” historia de una palabra, Parole de *Queer*

<http://paroledequeer.blogspot.com.uy/2012/04/queer-historia-de-una-palabra-por.html>, junio 2009

 La revolución que viene: luchas y alianzas somatopolíticas, Sicilia Queer filmfest, <https://youtu.be/IltqAFSVZvA>, mayo 2015

SIBILA, Paula, La intimidad como espectáculo, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008

SHOCK, Susy, Poemario Transpirado, Ediciones Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2011

 (http://www.revistaanfibia.com/cronica/fluidos-trans-arte-y-performance-queer/#sthash.c5MjsOoM.PjYy9Jgh.dpuf)

SOLER, Colette, “El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan”, <https://agapepsicoanalitico.files.wordpress.com/2013/07/colettesoler-elcuerpoenlaensenanzadejacqueslacan.pdf>, 2010

1. Cf. Coloquio de la *École Lacanienne de psychanalyse* (1998) [↑](#footnote-ref-1)
2. Y de un país de fuertes contradicciones internas, en el que los polos van de lo más reaccionario, que reclama por la encarcelación de los menores y repele el procesamiento de los militares a lo más progresista, que aprueba el matrimonio igualitario, legaliza el aborto y despenaliza el consumo de marihuana. [↑](#footnote-ref-2)
3. Denominado así por Teresa de Lauretis. Movimiento que surge y se aparta del feminismo y cuyos principales exponentes son también Donna Haraway, Judith Butler y Paul B.Preciado [↑](#footnote-ref-3)
4. Retomo palabras de David Halperin [↑](#footnote-ref-4)
5. Esto está documentado en su libro “Testo Yonqui” (Preciado, 2008): “*este libro no es una autoficción. Es un protocolo de intoxicación voluntaria a base de testosterona sintética que concierne el cuerpo y los afectos de B.P. Es un ensayo corporal”.*  [↑](#footnote-ref-5)
6. Hablar de actos performativos, si bien parece remitir a una tautología, alude a aquellos actos que engendran otros actos, y que bajo una aparente libertad suponen la coacción a un determinado hacer (Sandino,2008). Desde esa perspectiva y tan sólo a modo ilustrativo podríamos pensar el acto de aprobación de la ley del matrimonio igualitario también como coacción velada a la heteronormatividad, y entender la resistencia al mismo por parte de algunos grupos *queer*. [↑](#footnote-ref-6)
7. Efectivamente, el cuerpo es de la realidad, pero acompaño a Colette Soler (2010) cuando plantea que lo es “en el sentido de que la realidad, después de Freud, tiene un estatuto subordinado: es algo que se construye”. [↑](#footnote-ref-7)
8. O de qué modo serlo, como plantea Daniel Gil en el Elogio de la diferencia (2011) [↑](#footnote-ref-8)
9. “La perversión es normal”, decía Lacan, lector de los Tres ensayos sobre teoría sexual- Lacan (El objeto del psicoanálisis, sesión del 16 de junio de 1966, citado por Allouch, 2009). [↑](#footnote-ref-9)